

## LA MISION DEL MAESTRO\*

*Jesús García Trapiello, O.P.*

La circunstancia originante de este acto solemne\*\* y subyacente en él invita –creo yo– a reflexionar sobre su trasfondo ideológico e, incluso, institucional, con el fin de enmarcarla en su verdadero contexto, y así poder captar su sentido genuino. Se trata, efectivamente, de honrar la reciente concesión, por parte de la Orden Dominicana, del “título y grado del Magisterio en Sagrada Teología” con el que he sido generosamente distinguido. Incluso la última edición –no así las precedentes– del *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española (Madrid, 1992), asigna al término *Maestro*, entre otras, la acepción de “título que en las Ordenes regulares se da a los religiosos encargados de enseñar, y que otras veces sirve para condecorar a los beneméritos”. De hecho, en la Orden Dominicana este título cuenta con indudable raigambre y larga historia, nada menos que desde el siglo XIII.

Mas a nadie se escapa que esta acepción honorífica del término *Maestro* está relacionada, de modo directo, con algunos de los otros significados que el mismo *Diccionario* le atribuye: en concreto los de “persona que enseña una ciencia, un arte u oficio”, y el de “persona que es práctica en una materia y la maneja con desenvoltura”. Lo reconocen explícitamente las *Constituciones* de la Orden Dominicana al legislar, en propósito, de este modo: “El Magisterio en Sagrada Teología se confiere a los frailes que se les reconoce eminentes en la promoción de las ciencias, sobre todo, las sagradas” (n. 96). Nos estamos, pues, moviendo en el ámbito de la *enseñanza* teórica y, más en particular, en el campo de las ciencias sagradas. El mismo documento oficial de la Orden Dominicana, confiriendo dicho título y acreditándolo, alude y se ciñe a esta tarea.

Ahora bien: es manifiesto que el concepto de ‘enseñanza’ es muy amplio, puesto que el instrumento básico para practicarla es la ‘palabra’, la cual puede ser *hablada o escrita*, admitiendo, además, en entrambos casos, múltiples modalidades. Recurriendo de nuevo al *Diccionario de la Lengua Española*, se constata que asigna al término ‘palabra’ estas dos acepciones, entre otras: “Sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea” y “Representación escrita de estos sonidos”.

Por consiguiente, el concepto esencial que está detrás de todo este ámbito del espíritu es aplicable a cuantos, de uno u otro modo, *enseñan* a otros de manera –diríamos– profesional. En consecuencia, es aplicable a todos los religiosos dominicos, ya que dicha Orden fue fundada históricamente para *enseñar* a

\* Trabajo publicado en Revista *Angelicum*, Roma, vol. 72 (1995), pp. 427-449.

\*\* Texto de la conferencia pronunciada por el autor en el acto-homenaje que la Provincia Dominicana de Andalucía tuvo a bien rendirle (Sevilla, 29-12-1994) con motivo de haberle sido otorgado el título y grado de *Maestro en Sagrada Teología* por la Orden Dominicana (Roma, 22-3-1994).

los demás, constituyendo esta misión su rasgo característico a lo largo de los ocho siglos que cuenta ya de existencia. Una tarea que debe ser tomada en sentido amplio, como se confirma por el hecho de que, al ser aprobada por el Papa Honorio III, en 1216, recibió la denominación oficial de "Orden de Hermanos Predicadores", calificativo simbólico que sigue ostentando en la actualidad, a pesar de que en ella no sólo han destacado maestros insignes que enseñaron con su *palabra* o *predicación*, sino, asimismo, otros que lo hicieron mediante *escritos*. Todo confirma, pues, que la tarea de *enseñar* impregna la razón de ser y la historia de la Orden Dominicana.

Mas es el caso que, en nuestros días, la pretensión de *enseñar*, el afán por hablar o escribir para los demás se ha convertido en 'moneda corriente'. Cualquiera se cree capacitado para hacerlo y no para mientes al momento de llevarlo a la práctica, trátese de eclesiásticos, políticos, periodistas o simples individuos particulares. Precisamente por ello, el concepto de 'enseñar' se ha vulgarizado de modo notorio. *Assueta vilescunt*, decían los clásicos; esto es, aquello a lo que estamos ya habituados *envilece*: no en sí mismo y objetivamente —por supuesto—, sino en nuestra estima subjetiva. Pero hasta hace no mucho tiempo la función del *maestro*, el dedicarse a *enseñar* a otros, el arte de hablar y escribir para el público era tomado muy en serio, siendo practicado con moderación y con responsabilidad; al mismo tiempo que, de modo paralelo, era una actividad respetada y altamente valorada por la gente en general. Recuérdese, cual dato comprobante, que incluso sobre el aspecto formal o materialidad del arte de la elocuencia, del hablar bien en público, se escribieron tratados desde tiempo inmemorial, y existía noble rivalidad entre sus cultivadores, con admiración sincera y seguidores por parte del público.

La razón básica de tal valoración era la conciencia de la trascendencia que impregna toda esta actividad espiritual. La historia sociocultural de los pueblos, e incluso la reflexión más elemental, ponen en evidencia que la *enseñanza* implica una tarea humana de consecuencias primordiales. No en vano se trata del instrumento espiritual que impulsa el desarrollo cultural de los individuos y civiliza a los pueblos, algo que consecuentemente repercute de modo directo en la vida de unos y otros.

Circunscribiéndonos al ámbito de la Iglesia, la *enseñanza* ha constituido siempre el medio ordinario para extenderla y consolidarla, así como para que sus adeptos se imbuyan de su doctrina. Desde el primer momento de su historia se habla de 'maestros' y de su función de 'enseñar'. Su fundador, Jesucristo, era calificado insistentemente como 'el Maestro' (o *didáskalos*) (Mt 8, 19; Mc 9, 38; Lc 18, 18; Jn 3, 2); título que El mismo reivindicaba: "Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy" (Jn 13, 13; cf. Mt 23, 8; 26, 18; Mc 14, 14). De hecho, dedicó toda su actividad pública precisamente a *enseñar*, como testimonian hasta la saciedad los Evangelios: "Enseñaba todos los días en el Templo" (Lc 19, 47); "Recorría Jesús toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas" (Mt 4, 23); "Atravesaba ciudades y pueblos enseñando" (Lc 13, 22); "Otra vez se puso a enseñar a orillas del mar" (Mc 4, 1). Más aún: fue tal la importancia que veía en la enseñanza, que asoció a ella a sus apóstoles, incluso en vida suya: "Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron cuánto habían hecho y enseñado" (Mc 6, 30). Y, al dejarlos definitivamente en la tierra, no fue otro sino ese el encargo que les confió: "Id y haced discípulos a todas las gentes (...), enseñándolas a guardar todo cuanto yo os he mandado" (Mt 28, 19).

Misión esta que ellos tomaron muy en serio desde el primer momento, como refieren los *Hechos de los Apóstoles*: “Al amanecer entraron en el Templo y se pusieron a enseñar” (5, 21); “No cesaban de enseñar y anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el Templo y por las casas” (5, 42). Por su parte, San Pablo reconocía que había sido constituido “Maestro de los gentiles en la fe y en la verdad” (1 Tm 2, 7; cf. 2 Tm 1, 11); añadiendo en otro lugar: “Enseño por doquier en todas las Iglesias” (1 Co 4, 17; cf. Hech 13, 35; 21, 28; 28, 31). Es, pues, correcto llegar a la conclusión de que la figura del ‘Maestro’ y su misión de ‘enseñar’ han gozado de una primordial importancia en la vida de la Iglesia desde sus primeros días, debido a la repercusión que tenían en la difusión del Evangelio.

\* \* \*

Al constatar tan palmarios y relevantes efectos como los que ha tenido la misión de la *enseñanza* históricamente en la Iglesia, uno se siente legitimado para preguntarse si no será posible que el recurso más elemental y más práctico para soslayar el peligro —mencionado un poco más arriba— de trivialidad que hoy amenaza a esta tarea tan esencial y de consecuencias tan notables, o, por lo menos, para evitar su ahondamiento y difusión, no estribe precisamente en adquirir conciencia precisa de cuanto ella implica de verdad, de sus requisitos esenciales, así como de la finalidad inmediata que debe procurar, todo lo cual podrá servir, asimismo, de acicate para ejercerla con mayor dedicación y respeto.

Nos va a servir de punto de partida para dicho intento una afirmación de Santo Tomás de Aquino, reconocido cual ‘maestro’ por antonomasia, no sólo en la Orden Dominicana, sino también en la Iglesia universal, ya que desempeñó la misión de *enseñar* de modo eminente, lo mismo en las aulas que escribiendo y predicando. Al referirse a la *elocución*, esto es, “la manera de hablar para expresar los conceptos (según el *Diccionario*), alude indirectamente a nuestro tema cuando afirma —lo veremos en detalle más adelante— que quien habla para los demás, debe hacerlo “de modo que instruya, deleite y mueva”, postulado que dice haber tomado de San Agustín. Efectivamente, el gran maestro de Hipona adujo y comentó con amplitud tal aserto, confesando —a su vez— haberse inspirado para ello en “un maestro de la elocuencia”: Cicerón. Tal vez no sea un despropósito intentar sintetizar el pensamiento de estos tres prototipos en el arte de enseñar, los cuales, de modo consecutivo y apoyándose uno en otro, han expuesto las líneas esenciales del argumento que estamos tratando.

I. A petición de su hermano menor Quintus, escribió Marco Tulio Cicerón, en Roma, en el año 55 a.C., y cuando contaba con 51 años de edad, su obra *De Oratore*, una de las más bellas y famosas de cuantas compuso. Echando mano, como tantas otras veces hizo, del recurso literario del *diálogo*, estructuró esta obra en tres diálogos (corresponden a sus tres libros), que habrían tenido algunos amigos suyos, durante varios días, en su ‘villa’ de Tusculum, cerca de Roma, en los montes Albanos. Hayan sido reales o ficticios dichos coloquios, lo cierto es que Cicerón expuso, a través de ellos, su pensamiento acerca de las cualidades esenciales que ha de tener el orador, así como la finalidad inmediata que debe perseguir, tema este que ciertamente le era querido desde su juventud.

En realidad, revela en esta obra sus estudios y experiencias sobre la elocuencia adquiridos en el Senado, en los comicios y en los tribunales romanos.

La tesis central de Cicerón —puesta de manifiesto, sobre todo, en el *diálogo* segundo, cuyo protagonista fue Antonio— era que quien habla ante un público, el 'orador', debe intentar tres objetivos: *agradar a quienes escuchan, instruirlos y moverlos*, concepto que repite una y otra vez: "Todo mi sistema (...) se reduce, como ya dije, a tres cosas: agradar a los hombres, instruirlos y moverlos"<sup>1</sup>.

Sin la menor duda, Cicerón concedía la mayor importancia al objetivo citado en segundo lugar, al *instruir* a la gente: "Dado que, como ya dije numerosas veces, llevamos a los demás hacia nuestro pensamiento mediante tres recursos, esto es, instruyendo, atrayendo y moviendo, una de estas tres cosas debe ser puesta de relieve preferentemente por nosotros: que evidenciamos no pretender otra cosa que instruir; las otras dos han de estar, como la sangre en los cuerpos, diseminadas a lo largo de todos los discursos"<sup>2</sup>.

Con todo, para Cicerón también contaba, y mucho, que el orador sea capaz de *agradar* a quienes le escuchan, ya que, en caso contrario, resultará difícil poder instruirlos. Y para poder *agradar*, le requiere gran habilidad: "¿Cuál es —preguntaba— el mejor modo de hablar (...), sino el expresarse en la lengua adecuada [él dice *latine*], con claridad, elegancia y con estilo conveniente a la materia tratada, sea cual fuere, y que concuerde con ella?"<sup>3</sup>.

Finalmente, Cicerón sostenía que quien habla ante los demás debe tener cual intención última influir de modo práctico sobre ellos, estimulándolos a comportarse de acuerdo con lo que les está enseñando: "Ninguna cosa hay más importante, al hablar, que atraer a quien escucha y conmoverle hasta tal punto, que se deje conducir por el ímpetu del ánimo y por la emoción más que por el juicio o el consejo; los hombres juzgan muchas cosas, más por odio, por amor, deseo, cólera, dolor, alegría, esperanza, temor, error, o por cualquier otra fuerte emoción, que por la verdad, el precepto o norma alguna del derecho o decisión judicial o leyes"<sup>4</sup>.

Ahora bien: para poder llevar a cabo esta triple tarea, Cicerón requería al orador agudeza de inteligencia, destreza y esfuerzo: "Para acertar en el hablar, se requieren tres cosas: talento natural, luego método, que, si preferimos, podemos llamar arte, y en tercer lugar, dedicación"<sup>5</sup>. Pero merece ser resaltado que si bien afirmaba que "ciertamente no puedo no conceder la primacía al talento",

<sup>1</sup> *De Oratore*, lib. II, n. XXIX; ed. de Liviana Edinrice, Padova, 1968, pp. 113-114 [todas las citas que aduciremos están hechas por esta edición]. Cf. *ibidem*, XXVIII, p. 111; XLII, p. 128; LXXVII, pp. 169-170, etc.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, lib. II, LXXVII, p. 169.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, lib. III, X, p. 198. Más adelante afirma: "Le belleza de un discurso resulta, en primer lugar, del conjunto y, por así decirlo, de su aspecto general y de su fuerza; efectivamente, que sea grave, dulce, erudito, noble, admirable, elegante; que tenga sensibilidad y patetismo en sus justos límites: todo esto no proviene de cada detalle en particular, sino que se advierte en todo el conjunto" (*ibidem*, XXV, pp. 215-216; cf. lib. II, XXVII, p. 111; XLI, p. 127; LXXVI, p. 169).

<sup>4</sup> *Op. cit.*, lib. II, XLII, p. 128. En otro pasaje afirma: "Respecto a lo que se refiere al comportamiento o a la discusión sobre el deber, ha de buscarse, en general, lo que es recto y debe hacerse; se examina la larga serie de virtudes y vicios; o se intenta excitar, o calmar, o erradicar alguna pasión" (lib. III, XXX, p. 222; cf. lib. II, XVI, p. 96; XLI, p. 127).

<sup>5</sup> *Op. cit.*, lib. II, XXXV, p. 120. En otro lugar alude "al arte de hablar bien, es decir, hablar con ciencia, perspicacia y elegancia" (*ibidem*, II, p. 78; cf. LI, p. 127; lib. I, XI, p. 14; XIII, p. 17; XV, p. 18).

con todo no es menos cierto que insistía, con mayor énfasis, en la *dedicación*, en la *preparación*, en el *esfuerzo*: "La diligencia agujonea al ingenio mismo en su indolencia; diligencia, diré, que, al igual que en las demás cosas, también ayuda mucho al defender las causas. Es la que debemos cultivar sobre todo; la que siempre se debe aplicar; nada hay que ella no consiga"<sup>6</sup>.

II. San Agustín conocía estas ideas de Cicerón, y se sirvió de ellas. Lo hizo de manera particular en su obra *De Doctrina christiana*<sup>7</sup>. No en vano, cuando era joven y con anterioridad a su conversión, había cultivado y enseñado el arte de la oratoria —como él mismo recordaba<sup>8</sup>—, por lo que estaba perfectamente al corriente del pensamiento ciceroniano. Pero, como era de esperar, lo interpretó a su modo y le dio una orientación particular.

Efectivamente, comenzó a escribir la referida obra hacia el año 397, poco después de haber sido consagrado obispo. Publicada sin estar terminada, la revisó y completó hacia el año 426, acabando el libro tercero y añadiendo el cuarto<sup>9</sup>. Mas para entonces sus preocupaciones ideológicas eran bien precisas. Y es que, tras su conversión, se había dedicado a estudiar profundamente las Sagradas Escrituras, encontrando en ellas la fuente de cuanto enseñaba, predicando o escribiendo. Fue precisamente esto lo que pretendió enseñar a hacer en su obra *De Doctrina christiana*, como confiesa tanto al comenzarla cuando al completarla: "Dos son los fundamentos en que se basa toda la exposición de las divinas Escrituras: en el modo de encontrar las cosas que deben ser entendidas y el modo de explicar las cosas que se han entendido. Primero disertaremos sobre el modo de encontrar; después sobre el modo de exponer"<sup>10</sup>. De hecho, consa-

<sup>6</sup> *Op. cit.*, lib. II, XXXV, p. 120. Añade en otra ocasión: "Si quien habla o escribe ha sido bien preparado en su juventud, se apasiona por el estudio, dispone de ayuda en sus dones naturales, se ha ejercitado en numerosas discusiones de todo tipo y ha elegido como modelos a los escritores y oradores más brillantes, [ese tal] no necesitará preguntar a los maestros cómo se han de disponer y esclarecer las palabras, sino que desembocará fácilmente en abundancia de elementos para adornar el discurso, sin guía, y por la misma naturaleza, con tal que ésta haya sido ejercitada" (lib. III, XXXI, p. 224). Y en otra: "Necesito un ingenio cultivado, semejante a un campo arado, no sólo una vez, sino dos y más veces, de modo que pueda dar mejores y mayores frutos; pero su cultivo consiste en la práctica, en el escuchar, en la lectura, en el escribir" (lib. II, XXX, pp. 114-115).

<sup>7</sup> Cf. BALBINO MARTIN (ed.), *Obras de San Agustín*, tomo XV, Madrid (BAC), 1957 [las citas que hagamos están hechas por esta edición].

<sup>8</sup> "Lo primero que prevengo en este prólogo a mis lectores, los que quizá piensen que he de darles los preceptos retóricos que aprendí y enseñé en las escuelas del siglo, es que no esperen de mí tal cosa, no porque no tengan alguna utilidad, sino porque sí la tienen deben aprenderse aparte" (lib. IV, c. I, 2; ed. cit., p. 263).

<sup>9</sup> Lo aclaró él mismo: "Habiendo hallado inconclusos los libros de la *Doctrina christiana*, preferí terminarlos antes de dejarlos así, y pasar a la recensión de otros. Completé, pues, el tercero, que estaba escrito hasta el pasaje (...). Añadí el último libro y completé esta obra en cuatro libros" (*Retractationes*, lib. II, c. IV, 1-2; cf. *op. cit.*, p. 53).

<sup>10</sup> Lib. I, I, 1, p. 63. Cuando añadió el libro cuarto, lo comenzó insistiendo en la misma idea: "Esta obra nuestra, que lleva el título de *Doctrina christiana*, desde el comienzo la dividí en dos partes. Por eso, después del prólogo (...), dije: 'Dos son las cosas en que se funda todo estudio de las Escrituras: el modo de hallar las cosas que se han de entender y el modo de exponer las ya entendidas. Primero trataremos del modo de encontrarlas; después, del modo de expresarlas'. Como hemos dicho muchas cosas sobre la invención y hemos completado tres volúmenes en la primera parte acerca de este asunto, trataremos con la ayuda del Señor más concisamente sobre la exposición..." (Lib. IV, I, 1, p. 263).

gró los tres primeros libros a enseñar cómo se deben encontrar aquellas materias que es preciso conocer, mientras que en el cuarto libro pretendió enseñar de qué manera deben exponerse esas materias. Es por esto por lo que expuso aquí —en este último libro— cómo entendía él el oficio de quien enseña en el seno de la Iglesia y de cara a la formación de los cristianos<sup>11</sup>.

Fue para lograr este empeño que echó mano de la teoría oratoria de Cicerón, pero aplicándola al ámbito peculiar de la enseñanza de la Iglesia. Y para que no hubiera dudas al respecto, dio al capítulo XII el siguiente título: “*El deber del orador es enseñar, deleitar y mover, según Cicerón en el De Oratore. Cómo deba realizar estas tres cosas*”. Capítulo que inició con estas palabras: “Dijo, pues, un maestro de elocuencia, y dijo la verdad, que el orador de tal modo debe hablar, que enseñe, deleite y mueva”, concepto que repetirá una y otra vez<sup>12</sup>. Mas no se trata sólo de este capítulo, sino que todo el libro cuarto —como dijimos— está dedicado a explicar esos tres aspectos de la tarea del maestro, así como a dar consejos para llevarlos a la práctica, aduciendo numerosos ejemplos sacados de las Sagradas Escrituras.

Pasando ya a concretar el argumento, continuó diciendo: “De estas tres cosas, la primera que se dijo, esto es, la necesidad de enseñar se halla en las cosas que decimos; las otras dos, en el modo de decir las”<sup>13</sup>. Sin duda alguna, la primera tarea, el *enseñar* a los fieles tiene la mayor importancia para San Agustín. Efectivamente, habla de “la necesidad de enseñar”, puesto que —añade— “los hombres pueden hacer o no hacer lo que saben; Mas ¿quién dirá que deben hacer lo que ignoran?”<sup>14</sup>. Y aclara que se debe enseñar, en primer lugar, con sabiduría: “El que no pueda las dos cosas [sabiduría y elocuencia] diga con sabiduría lo que no puede decir con elocuencia, antes de decir con elocuencia lo que no se dice sabiamente”<sup>15</sup>. Y, en segundo lugar, con claridad: “El deseo diligente de dar claridad al discurso descuida, a veces, las palabras más cultas, y no se preocupa de cuán bien suenan, sino de cuán bien declaren o expliquen lo que se intenta manifestar (...). La mejor manera de enseñar es aquella por la cual el que oye oiga la verdad y entienda lo que oye”<sup>16</sup>.

Mas con esto no pretendía el Santo quitar importancia al *modo* de enseñar, al esfuerzo por hacerlo con elegancia para agradar, algo que confirma su insis-

<sup>11</sup> Es significativo que el c. IV lleve por título *El oficio del doctor cristiano*, y comience así: “El doctor y expositor de las Escrituras divinas, como defensor que es de la fe y delador del error, debe enseñar lo bueno y desenseñar lo malo” (n. 6, p. 269).

<sup>12</sup> Por ejemplo: XIII, 29, p. 299; XVII, título y n. 34, p. 305; XXVI, título y n. 56, p. 339.

<sup>13</sup> Lib. IV, XII, 27, p. 295.

<sup>14</sup> *Ibidem*, XII, 27-28, pp. 229-297, respectivamente. Añade en otro lugar: “En su mismo sermón debe querer agradar más con la doctrina que con las palabras, y ha de juzgar que sólo habla mejor cuando dice la verdad, sin consentir que el orador sea un mero lacayo de las palabras, sino que las palabras sirvan al orador” (*ibidem*, XXVIII, 61, p. 345).

<sup>15</sup> *Ibidem*, XXVIII, 61, p. 345. Es significativo el título del c. V: *Interesa que el orador cristiano hable más sabiamente que elocuentemente*. Y lo comienza con estas palabras: “Pero como algunos lo hacen con rudeza, con tosquedad y frialdad, y otro aguda, elegante y vehementemente, resulta que conviene que afronte el cargo de la predicación, de que ahora tratamos, para que aproveche al auditorio, el que pueda hablar y razonar sabiamente, aun cuando no lo sepa hacer con elocuencia y aproveche menos que si lo pudiera hacer con ella” (n. 7, p. 269).

<sup>16</sup> *Ibidem*, X, 24, p. 291. Dice en otro lugar: “El que hable con intención de enseñar no juzgue haber dicho lo que quiso mientras no sea entendido por aquel a quien quiso enseñar” (XII, 27, p. 295).

tencia sobre la elocuencia. Así, si bien dio inicio al libro cuarto, aclarando que no pretendía *dar normas de retórica*, no tardó en añadir que “es conveniente que el orador cristiano use la retórica”, argumentando que si quienes enseñan doctrinas falsas procuran captar con su estilo literario la benevolencia del público, no hay razón para que no hagan lo mismo quienes enseñan la verdad: “¿Quién dirá que los que inculcan la mentira han de saber exponerla con brevedad, claridad y verosimilitud, mientras que quienes exponen verdades de tal modo lo han de hacer que produzca hastío el escucharlas, trabajo el entenderlas y, finalmente, repugnancia el adoptarlas?”<sup>17</sup>. En otro lugar precisa más al decir: “Sin embargo, si se hace esto toscamente, el fruto de la enseñanza llegará a muy pocos: sólo a los que desean saber las cosas que deben aprenderse, aunque se digan con estilo bajo e inculto”<sup>18</sup>.

De todos modos, San Agustín no perdía de vista que la intención primordial del maestro debe ser de orden práctico: es decir, procurar *mover*, persuadir a quienes lo escuchan. Lo expresó sin ambages en el capítulo XIII de dicho libro, en cuyo título afirma que “el fin del orador es mover el ánimo”, y a lo largo del cual se expresa del siguiente modo: “¿Qué valen, en efecto, estas dos cosas para el hombre que confiesa la verdad y alaba la elocuencia, pero no da su asentimiento, siendo así que a sólo esto mira la intención del orador en las cosas que dice para persuadir? (...). Conviene, pues, que el orador sagrado, cuando aconseja alguna cosa que debe ejecutarse, no sólo enseñe para instruir y deleite para retener la atención del auditorio, sino también mueva para vencer”<sup>19</sup>.

Finalmente, San Agustín hizo referencia, asimismo, a los medios para que quien enseña en la Iglesia sea capaz de lograr los tres objetivos indicados; y lo hizo siguiendo una línea paralela a las indicaciones de Cicerón en propósito. Así, aparte de recomendar la *oración y ejemplo personal*<sup>20</sup>, cosa bien comprensible teniendo en cuenta el contexto en el que se movía, el Santo no halló otro recurso más eficaz que el esfuerzo personal, la preparación: “Por tanto, el que quiera saber y enseñar, aprenda todas las cosas que deben ser enseñadas. Adquiera el arte de decir conveniente al orador sagrado...”<sup>21</sup>. Esfuerzo personal al que alude de manera más precisa en otros pasajes, como cuando decía: “Tanto más o menos sabiamente habla un hombre cuanto más o menos hubiese aprovechado en las Santas Escrituras”; o cuando aconsejaba: “Ahora bien, al que quiera hablar no sólo con sabiduría, sino también con elocuencia, y

<sup>17</sup> *Ibidem*, II, título y n. 3, pp. 263-265. Y añade el c. III, donde explica: *En qué edad y por qué medios pueden aprenderse los preceptos de la retórica* (nn. 4-5, pp. 265-266).

<sup>18</sup> *Ibidem*, XI, 26, p. 293.

<sup>19</sup> *Ibidem*, XIII, pp. 297-298. En otros pasajes, da consejos más precisos al respecto. He aquí un par de ejemplos: “Pero si los oyentes deben ser excitados más bien que enseñados, a fin de que no sean remisos en cumplir lo que ya saben y presten asentimiento a las cosas que confiesan verdaderas, entonces se requieren mayores arrestos de elocuencia. Aquí son necesarios los ruegos y las súplicas, las reprensiones y amenazas, y todos los demás recursos que sirven para convencer los ánimos” (*Ibidem*, IV, 6, p. 269). “Al tratar de algo que debe hacerse, si hablamos con los que deben hacerlo y se niegan a ello, entonces las cosas grandes se deben decir con estilo sublime y conveniente para doblegar los ánimos” (*Ibidem*, XIX, 38, p. 311).

<sup>20</sup> Verbigracia: al primer aspecto dedica los capítulos XV (*El orador eclesiástico ha de hacer oración a Dios antes de hablar*) y XXX (*El predicador debe orar ante Dios*). En cuanto al ejemplo personal, trata en el c. XXVII, titulado significativamente así: *Se oye con más obediencia al que practica lo que enseña*.

<sup>21</sup> *Ibidem*, XV, 32, p. 303.

hará, sin duda, más provecho si pudiera juntar una y otra cosa, con más gusto le remito a que lea, oiga e imite con el ejercicio a los elocuentes”<sup>22</sup>.

III. Por su parte, Santo Tomás de Aquino conoció estas ideas de San Agustín y las hizo suyas, sin ningún tipo de reserva. Efectivamente, al suscitar la cuestión de si la ‘elocución’ (*sermo*, dice él) sea o no un don de Dios, se refirió explícitamente, en un ‘artículo’ de su *Summa theologiae*<sup>23</sup>, a la referida teoría agustiniana por dos veces: al formular la primera ‘dificultad’, donde aludió al *arte retórica*, “con la cual puede uno hablar de modo que instruya, deleite y mueva, según dice San Agustín”; y, luego, en el ‘cuerpo’ del artículo, donde, de manera más extensa, se refirió a estas tres tareas del orador, desarrollando su contenido.

Pero Santo Tomás enfocó la cuestión desde otra óptica más abstracta, de acuerdo con su peculiar idiosincrasia, y más integrada en el esquema general de su obra teológica. Se constata en el aducido ‘artículo’ de su *Summa theologiae*, así como en otros textos, en los que, sin citar expresamente los principios de San Agustín, refleja idéntica línea de pensamiento.

Según él, la enseñanza de la doctrina cristiana, por parte del maestro, tiene una enorme importancia, convicción que deja ya entrever al dar comienzo a la citada *Summa theologiae*: “El doctor de la verdad católica debe enseñar no sólo a los más avanzados, sino también instruir a los incipientes”<sup>24</sup>. “El maestro —dice en otro lugar— versa la ciencia que posee en su discípulo”<sup>25</sup>.

Mas en buena lógica, el maestro precisa recursos para llevar a cabo su misión: “El que enseña necesita medios por los que pueda manifestar la verdad de su enseñanza, ya que, de otro modo, tal enseñanza sería inútil”<sup>26</sup>. Pues bien, Santo Tomás los sintetiza en la *palabra*, en la *elocución*: “El hombre no puede comunicar convenientemente a otros sus conocimientos si no es por medio de la palabra”<sup>27</sup>. Sin la menor duda, él sabía bien que la elocuencia, el hablar con perfección, es un don natural que se puede adquirir por medios humanos: “Fue la razón natural —reconoce— la que inventó el arte retórica (...). Esto pertenece al don de la elocución”<sup>28</sup>. Pero es el caso que el Santo tenía en vista al maestro eclesiástico, que debe enseñar temas peculiares y dentro de la Iglesia. Fue por esto por lo que trasladó toda esta labor al ámbito teológico, ya que no veía inconveniente alguno para superponer al plano natural otro de índole sobrenatural: “Como Dios obra, por milagro, de modo más excelente aun las cosas que la

<sup>22</sup> *Ibidem*, V, 7 y 8 respectivamente, p. 271. Insiste en la misma idea un poco más adelante: “Hay varones eclesiásticos que tratan las palabras divinas no sólo sabía, sino también elocuentemente y, para leerlos, antes faltará tiempo que puede faltar sus escritos a los estudiosos y dedicados a ellos” (*ibidem*).

<sup>23</sup> II-II, q. 177, a. 1.

<sup>24</sup> I, q. 1, *prólogo*. Y continúa aclarando más su propósito: “Nuestra intención en esta obra es, pues, exponer lo que se refiere a la religión cristiana de la manera más conveniente para la formación de los incipientes”.

<sup>25</sup> *Contr. Gent.*, lib. II, c. 75.

<sup>26</sup> *Summ. theo.*, III, q. 7, a. 7.

<sup>27</sup> *Contr. Gent.*, lib. III, c. 154. En otro lugar escribía: “Los conocimientos que uno recibe de Dios para utilidad del prójimo sólo puede hacerlos valer mediante la palabra” (*Summ. theo.*, II-II, q. 177, a. 1). Y añadía: “Como es necesario que por la palabra exprese el hombre lo que concierne al don de sabiduría o de ciencia, también lo es para lo tocante a la fe” (*ibidem*, ad. 4).

<sup>28</sup> *Summ. theo.*, II-II, q. 1 ad 1.



naturaleza puede ejecutar, así el Espíritu Santo obra de modo más elevado, mediante el don de la palabra, lo que el arte es capaz de realizar más imperfectamente<sup>29</sup>. Debido a estos principios, concebía la enseñanza del maestro en la Iglesia como una gracia especial concedida por Dios, esto es, la conocida en el lenguaje teológico como *gratia gratis data*: “Conviene –escribía al comenzar este tema en la *Summa*– que ahora tratemos de la gracia gratis dada que consiste en el hablar<sup>30</sup>”.

Pero, considerada por parte del maestro mismo, Santo Tomás veía su enseñanza como una labor por hacer bien a los demás, incluso cual acto de caridad: “No es verdad que el enseñar sea un acto de la virtud de la prudencia. Más bien es principalmente acto de caridad o misericordia, ya que, por el hábito de esta virtud, tendemos a dicho cometido<sup>31</sup>. Por consecuencia, el maestro debe ejercer su enseñanza como auténtico servicio al bien de los cristianos: “La gracia gratis dada se ordena a que el hombre coopere con otro para que éste se encamine a Dios. Pero el hombre no puede conseguirlo moviendo a otros interiormente –esto es, exclusivo de Dios–, sino sólo externamente enseñando y persuadiendo<sup>32</sup>”.

¿Cómo obtener, ya en concreto, ese *bien* de los demás? Dicho de otro modo: ¿qué objetivo inmediato debe intentar el maestro cuando enseña? Fue a propósito de esta cuestión cuando Santo Tomás hizo suya la teoría de San Agustín, desarrollándola a su modo. Según él, cuando el Espíritu Santo provee a quien enseña en la Iglesia con el ‘don de la palabra’, lo hace para que “hable con eficacia, lo cual pertenece al *don de la locución*”. Para lo cual tiene en vista tres intenciones: “Primera, para instruir el entendimiento, lo que tiene lugar cuando habla para ‘enseñar’. Segunda, para mover el afecto, de manera que haga escuchar con gusto la palabra de Dios, como sucede cuando uno habla tan bien que ‘deleita’ a los oyentes. Lo cual no debe pretender alguno para su propio provecho, sino para atraer a los hombres a que oigan la palabra de Dios. Tercera, para mover al amor de las cosas que en las palabras están significadas y las cumplan, lo que sucede cuando uno habla de modo que ‘doblega’ a quien escucha<sup>33</sup>”.

Es cierto que tal explicación resulta genérica e imprecisa. Pero en otros lugares y con diferentes alusiones, Santo Tomás concreta mejor cómo entendía él los tres referidos objetivos del maestro. De acuerdo con su idiosincrasia personal, cargó el acento sobre la tarea de *instruir* al que escucha. “Para lo cual –afirma– se necesitan tres cosas: Primero, que el hombre [que enseña] haya alcanzado la plenitud de conocimiento de las cosas divinas, para que, mediante ellas, pueda instruir a otros. Segundo, que pueda confirmar o probar las cosas que enseña: de otro modo, no sería eficaz su doctrina. En tercer lugar, que pueda manifestar convenientemente al auditorio las cosas que concibe<sup>34</sup>”.

<sup>29</sup> *Ibidem*, a. 1 ad 1. En otra obra afirmaba: “En consecuencia, según el orden establecido por Dios, debiendo aquellos que reciben la revelación divina instruir a otros hombres, fue necesario que también a ellos fuera dada la *gracia de hablar*, de acuerdo con la utilidad de aquellos que debían instruir” (*Contr. Gent.*, lib. III, c. 154; cf. *Summ. theo.*, I-II, q. 111, a. 4).

<sup>30</sup> *Summ. theo.*, II-II, q. 177, prólogo.

<sup>31</sup> *Summ. theo.*, *Supl.*, q. 96, a. 11 ad 1.

<sup>32</sup> *Summ. theo.*, I-II, q. 111, a. 4. Lo mismo afirma en *Super Epistolas Sancti Pauli: 1 ad Corinthios*, c. XII, lectura II, n. 727.

<sup>33</sup> *Summ. theo.*, II-II, q. 177, a. 1.

<sup>34</sup> *Summ. theo.*, I-II, q. 111, a. 4.

Como es lógico, este último aspecto se refiere ya al *método*, al modo conveniente de enseñar. Algo que también contaba mucho para el Santo: "Quien enseña da comienzo a su enseñanza de igual modo que quien descubre algo inicia su descubrimiento: ofrece a la consideración del discípulo los principios por él conocidos, pues *toda disciplina y toda ciencia resultan de un conocimiento anterior*. Luego saca de estos principios las conclusiones que comportan. Y propone ejemplos sensible, gracias a los cuales son confirmadas en el alma del discípulo las imágenes necesarias para el trabajo del entendimiento"<sup>35</sup>.

Con todo, y al igual que Cicerón y San Agustín, Santo Tomás creía que cualquier enseñanza debe perseguir un fin práctico, tener en vista el comportamiento humano: esto es, intentar mover al que escucha para que practique cuanto se le enseña. La relación interna entre ambos aspectos no le ofrecía duda alguna: "La voluntad –escribía– no puede ordenarse correctamente al bien, si no es mediante un conocimiento previo de la verdad, pues su objeto, como enseña el Filósofo, es el bien conocido"<sup>36</sup>. Mas ¿cómo ha de arreglárselas el maestro para lograr tal convencimiento de quienes escuchan? El Santo aludía a tres exigencias: "Primero, ciertamente la capacidad de persuadir; luego, la habilidad para consolidar la persuasión; finalmente, presentar dicha persuasión de modo inteligible". Y precisa un poco después: "Para tener capacidad de convencer, se requiere que el hombre posea habilidad en cuanto a las expresiones y certeza en cuanto a los fundamentos acerca de aquellas cosas en las que debemos conven-  
cer"<sup>37</sup>.

\* \* \*

Tras haber reconstruido lo que pensaban estos tres maestros universales acerca de la misión de quien se dedica a enseñar a otros, uno no puede soslayar la cuestión de si no se tratará, después de todo, de una teoría personal suya, provocada, además, a partir del primero de ellos, Cicerón, quien, por cierto, pensaba exclusivamente en el arte de la oratoria brillante a practicar en los foros civiles de su ambiente social.

Pues bien, la respuesta a una posible incertidumbre de este tipo debe ser categóricamente negativa, puesto que dicho modo de entender nuestro argumento, además de apoyarse en los postulados de la pedagogía práctica más elemental, corresponde perfectamente al pensamiento bíblico en propósito, ya que toda la Sagrada Escritura –la cual no es otra cosa, en el fondo, que una sapiente y cabal *enseñanza* para los hombres de todos los tiempos– insiste de modo enfático en requerir a quien enseña a los demás precisamente esas tres facetas que indicaban los tres maestros de referencia. Pasemos a comprobarlo un poco en detalle.

<sup>35</sup> *Contr. Gent.*, lib. II, c. 75 ad 3. En otro lugar, precisa mejor: "Con los sencillos o poco instruidos, hay que servirse de signos sensibles, como pinturas o cosas similares" (*Summ. theo.*, III, q. 66, a. 10).

<sup>36</sup> *Summ. theo.*, II-II, q. 8, a. 4. Idea esta sobre la que insistía más adelante: "Todo acto de la voluntad procede de alguna concepción del espíritu, por el hecho de que el bien percibido por la inteligencia es el objeto de la voluntad" (*ibidem*, q. 82, a. 3).

<sup>37</sup> *Super Epistolas Sancti Pauli: I ad Corinthios*, c. XII, lectura II, n. 727.

I. En cualquier sociedad civilizada, es general el reconocimiento de la trascendencia que tiene la instrucción de sus individuos. La razón fundamental es el convencimiento de que si bien un individuo puede actuar, en un momento dado, de modo espontáneo, inducido por su instinto, con todo, de manera habitual y cuando toma decisiones a corto, medio o largo plazo, ese tal se comporta de acuerdo con la formación intelectual recibida. En consecuencia, el ámbito del intelecto es reconocido como el germen decisivo en el desarrollo cultural de las sociedades. Bien se comprueba en nuestros días, cuando el notorio predominio del saber técnico está desembocando en una peligrosa postergación de la formación racional tradicional, con su manifiesta incidencia en el campo religioso y moral de la sociedad.

Fue bajo el impulso de esta realidad humana, espiritual y clave, que los pensadores bíblicos –los del Antiguo igual que los del Nuevo Testamento– se esforzaron por instruir la mente de sus coetáneos a partir de un acervo de ideas, que les venían de una fuente tenida por segura y de contrastada tradición, con las que pretendían orientar su vida cotidiana.

1. En primer lugar, no ofrece duda el convencimiento de los autores bíblicos de que el hombre necesita adquirir conocimientos, con los que pueda ordenar correctamente su relación con Dios, con los demás individuos y con respecto a sí mismo. Para lograrlo, dejan deducir claramente que el medio normal era la *enseñanza* impartida por ciertas personas, puesto que aluden con notable frecuencia al hecho formal de educar la mente de otros, y ello en los ambientes más diversos de la sociedad. Por ejemplo, hasta los mismos gobernantes aparecen, a veces, preocupados de que se enseñara al pueblo. Así, del rey de Asiria, quien había deportado muchos israelitas, se informa que dio esta orden: “Haced partir allá a uno de los sacerdotes que deporté de allí; que vaya y habite allí y les enseñe el culto del Dios de la tierra” (2 Re 17, 27-28). Josafat, rey de Judá, envió levitas y oficiales de la corte “para que enseñaran en las ciudades de Judá” (2 Cr 17, 7-8). Se mandaba, asimismo, a los sacerdotes que enseñaran al pueblo (cf. Lev 10, 11; Dt 33, 10; Ez 44, 23); a los padres, que lo ejercieran con sus hijos (cf. Dt 4, 9; 11, 19); y, por supuesto, lo hacían los ‘maestros’: de uno de ellos, el llamado Cohelet, se dice que “además de ser sabio, enseñó doctrina a su pueblo” (Qo 12, 9a).

En cuanto al ambiente neotestamentario, es manifiesto el énfasis con el que se informa que “recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas” (Mt 4, 23; cf. Mc 1, 21; Lc 4, 15). También se hace referencia a la enseñanza que impartían sus apóstoles: “Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado” (Mc 6, 30). Labor esta que practicaron con total dedicación tras la resurrección del Maestro, pues se afirma que “no cesaban de enseñar” (Hech 5, 42; cf. v. 21; 4, 2.18). San Pablo, por su parte, confesaba: “En la asamblea prefiero decir cinco palabras con mi mente para enseñar a los demás que diez mil en lenguas [que nadie entiende]” (1 Co 14, 9). Y era eso mismo lo que encarecía a sus discípulos Timoteo y Tito: “Hasta que yo llegue –escribía al primero– dedícate a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza” (1 Tim 4, 13; cf. v. 6; 2 Tim 2, 24; Tit 2, 1); incluso extendía dicha tarea a todos los presbíteros (cf. 1 Tim 5, 17).

2. Pero hay más todavía: no resulta difícil percatarse de que la enseñanza era entendida no simplemente como una tarea más que deba ser realizada como tantas otras, sino cual labor de capital importancia para la sociedad, de cualquier

signo que ésta fuere. Un libro didáctico del AT, el de los Proverbios, afirma que “la enseñanza es una luz, camino de vida” (6, 23); añadiendo, más adelante, que “la enseñanza del sabio es fuente de vida, para sortear las trampas de la muerte” (13, 14). Otro maestro, el Cohelet, testimoniaba parecida convicción mediante una bella imagen: “Las palabras de los sabios son como agujadas, o como estacas hincadas, puestas por un pastor para controlar el rebaño” (Qo 12, 11).

Trascendencia similar le fue concedida a la enseñanza por los autores del NT. El mismo Cristo aseguraba que había venido a la tierra precisamente para enseñar, puesto que, en una ocasión, intimaba a sus apóstoles: “Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí enseñe [*kerüссо* = predicar, enseñar], pues para eso he salido [de junto al Padre]” (Mc 1, 38). San Pablo, por su parte, encarecía vivamente a sus colaboradores para que se entregaran a dicha labor, como cuando aseguraba a Timoteo: “Si tú enseñas estas cosas a los hermanos, serás un buen ministro de Cristo Jesús, alimentando con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido fielmente” (1 Tim 4, 6; cf. 3, 2; Tit 2, 1).

II. Vimos, asimismo, que los tres maestros que nos han servido de referencia exigían también de quien enseña, cual segunda preocupación, que *deleite* al auditorio. Es obvio que no se referían a enseñar aquellas cosas que puedan resultar cómodas y placenteras a dicho público, sin parar mientes en su verdad objetiva ni en su moralidad interna<sup>38</sup>. Ellos se referían, más bien, al *modo de enseñar*, al estilo pedagógico empleado. De poco serviría el esfuerzo, incluso notable, por instruir la mente del auditorio acerca de determinadas ideas, si el maestro no es capaz de hacerse entender con claridad, o no es diestro en expresarse de modo atractivo para que la gente le escuche con gusto e interés, ya que el tedio acabaría haciendo baldío tal empeño. Por tanto, el *deleitar* tiene en vista, en este contexto, la *habilidad* exigible al maestro, concepto a entender evidentemente en sentido amplio.

Pues bien, los autores bíblicos, a su vez, muestran clara conciencia de que, al momento de instruir, no es en modo alguno indiferente la destreza del maestro para captar la atención y la complacencia de quienes escuchan.

1. En primer lugar, resulta evidente que concedían verdadera relevancia al simple hecho de hablar bien. Así, se afirma: “El favor del rey para los labios correctos, y ama al que habla apropiadamente” (Prov 16, 13). Aparecen alabados quienes sabían hablar de manera oportuna: por ejemplo, Aarón (Ex 4, 14), y David (1 Sam 16, 18). Ester suplicaba al Señor: “Pon en mis labios palabras armoniosas, cuando entre a presencia del rey, para poder convencerle” (Est 4, 17[s]). Por su parte, San Pablo recomendaba a los cristianos de Colosas: “Que vuestra conversación sea siempre amena, sazónada con sal, sabiendo responder a cada cual como conviene” (Col 4, 6).

<sup>38</sup> Adviértase, de paso, cómo San Pablo condenaba, sin medios términos, la fácil adulación al público: “¿Acaso busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería servidor de Cristo” (Gal 1, 10). “Predicamos no buscando agradar a los hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones. Nunca nos presentamos, bien lo sabéis, con palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia. Dios es testigo, ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie” (1 Tes 2, 4b-5; cf. Rom 16, 18; Col 2, 4; 1 Tim 6, 20).

2. Sobre todo, eran valoradas en mucho las consecuencias positivas del saber expresarse con habilidad, y ello desde diversos ángulos de consideración. Efectivamente, puede constituir un consuelo para quien sufre, como reconocía Job: “¿Qué dulces son las palabras ecuánimes” (6, 25); y añadía en otro lugar: “Palabras delicadas son panal de miel: dulces al alma, saludables al cuerpo” (16, 24; cf. Prov. 25, 11). De modo más pertinente, se reconoce que constituye un medio excelente para que el público escuche con gusto y aprenda: “La lengua de los sabios hace agradable la ciencia”, se dice en los Proverbios (15, 2). “Palabras en boca de sabio agradan”, decía Cohelet (10, 12); informándose de él mismo que “trabajó mucho en inventar frases felices y escribir bien frases verdícas” (12, 10). El Sirácida recomendaba a quien enseña: “Prepara tu discurso, y así serás escuchado, concentra tu saber y responde” (33, 4; cf. 4, 24; 21, 17).

Mas el modelo cabal en el arte del buen enseñar llegó ya en el ambiente neotestamentario con Jesucristo, de quien se informa que “la muchedumbre le oía con agrado (Mc 12, 37); y que “la gente estaba asombrada de su enseñanza” (Mc 11, 18; cf. Mt 7, 28-29). Cuando el Sanedrín envió guardias para apresarle, éstos regresaron sin El; y, al preguntarles: “¿Por qué no le habéis traído?”, respondieron: “Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre” (Jn 7, 45-46).

III. Finalmente, es natural que quien imparte enseñanzas a otras personas pretenda conseguir alguna finalidad, la cual puede ser de múltiple signo. Es posible enseñar buscando la distracción del público, sin más; o para difundir ciertas ideas particulares; o buscando la cultura intelectual o profesional del público; incluso se puede enseñar con alguna intención bastarda, como el lucimiento o el interés personal, o para conseguir el apoyo a alguna causa política o social espuria, etc. Mas también es posible enseñar con la vista puesta en lograr un determinado comportamiento del auditorio, un estilo peculiar de vida, movidos por el convencimiento de que con ello se contribuye a su bien personal y social. En buena lógica, este modo de entender la enseñanza es el más altruista y más meritorio.

Ahora bien, resulta casi axiomático afirmar que la mentalidad bíblica era radicalmente práctica, puesto que perseguía siempre algún objetivo concreto. Precisamente por ello, hubiera sido hasta inconcebible un tipo de enseñanza meramente abstracto, que sólo hubiera pretendido deleitar sus oídos con la belleza oratoria o, simplemente, instruir sus mentes. De hecho, es fácil constatar que la enseñanza bíblica –fuera quien fuere el que la impartía– intentaba siempre impregnar el comportamiento de la gente, su estilo de vida<sup>39</sup>.

1. En primer lugar, el hecho de que sea frecuente el apremio al individuo y al pueblo para que se comportaran de acuerdo con lo que les había sido enseñado ya permite deducir una intencionalidad práctica en dicha enseñanza. Es lo que hacía, por ejemplo, el Deuteronomio al aconsejar al pueblo: “Cuidarás de actuar conforme a cuanto te hayan enseñado” (17, 10). Algo parecido requería San Pablo a sus destinatarios de Filipos: “Todo cuanto habéis aprendido y

<sup>39</sup> Expresaba bien este carácter pragmático bíblico San Pablo, al asegurar a Timoteo: “Toda Escritura, inspirada en Dios, es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia” (2 Tim, 3, 16; cf. Rom, 15, 4).

recibido y oído y visto en mí, ponadlo en obra” (Fil 4, 9; cf. 1 Co 4, 17; Col 2, 6; Ef 4, 17-24).

2. Es más: abundan los testimonios de que quienes enseñaban lo hacían pensando expresamente en algún objetivo práctico por parte de quienes recibían la enseñanza. El libro de los Proverbios aconseja al maestro: “Instruye al joven según sus disposiciones, porque luego, de viejo, no se apartará de ellas” (22, 5; cf. 13, 14; Sir 7, 23; Sab 7, 14). Es significativo que los maestros del antiguo Israel se dirigieran, una y otra vez, al *corazón* de sus discípulos (cf. Prov 6, 21; 20, 5; Job 22, 22). Ahora bien, la palabra ‘corazón’ (ha sido calificada como “el término más importante del vocabulario antropológico del AT”) expresa, en una acepción muy frecuente, el centro del querer, de las decisiones. Era, pues, precisamente en ese centro decisorio de quienes escuchaban donde pretendía influir el maestro, como cuando aconsejaba: “Retén mis palabras en tu corazón, guarda mis mandatos y vivirás” (Prov 4, 4; cf. vv. 21.23; 2, 2; 3,3).

Fue similar la intencionalidad de la enseñanza neotestamentaria. Así, Jesucristo encargó a sus apóstoles: “Id, pues, haced discípulos a todas las gentes (...), enseñándoles a guardar todo lo que yo os mando” (Mt 28, 19-20). De San Pablo se informa que intentaba convencer a quienes le escuchaban (Hech 18, 4; 19, 8). Algo que él mismo confirmaba: “Por tanto, conociendo el temor del Señor, tratamos de persuadir a los hombres” (2 Cor 5, 11; cf. 1 Tes 1, 5). Y alababa a los fieles de Roma, porque “habéis obedecido de corazón a aquel modelo de doctrina al que fuisteis entregados” (6, 17; cf. Sant 1, 22).

\* \* \*

Cuanto queda expuesto nos ha permitido constatar que los tres maestros universales, cuyo pensamiento hemos resumido, y los pensadores bíblicos coinciden plenamente al momento de entender la misión de quien enseña a otros: esto es, fundamentalmente debe *instruir* la mente de quienes escuchan, *deleitarlos* para que escuchen con gusto y *moverlos* para que lleven a la vida práctica lo que les enseña.

Dada la incidencia decisiva que esto implica para la buena marcha de la Iglesia y, a la postre, de la sociedad entera, síguese, por consecuencia, que el maestro adquiere una responsabilidad muy relevante, como es recordado en la epístola de Santiago: “No os hagáis maestros muchos de vosotros, hermanos míos, sabiendo que nosotros tendremos un juicio muy severo” (Sant 3, 1). Hasta tal punto es esto cierto, que el mismo San Pablo estaba en guardia acerca de su propia enseñanza, como reconoció de modo explícito: “Subí [a Jerusalén] movido por una revelación y, tomando aparte a los notables [Santiago, Pedro y Juan], les expuse el Evangelio que enseñó entre los gentiles, para saber si corría o había corrido en vano” (Gal 2, 2).

Pero no es menos cierto que se trata de una misión noble, generosa y eficaz, cargada de mérito y acreedora al reconocimiento de la Iglesia y de la sociedad, tal cual es reconocido en el libro de Daniel: “Los doctos brillarán como el fulgor del firmamento y los que enseñan a la multitud la justicia, como las estrellas por toda la eternidad” (12, 3). Convicción esta que conividía plenamente San Pablo: “Los presbíteros que ejercen bien su cargo merecen doblada remuneración, principalmente los que se afanan en la predicación y en la enseñanza” (1 Tim 5, 17; cf. Gal 6, 6; 1 Tes 5, 12).